

Renmin University of China Campamento de Verano 2017

Partir a un país tan grande como China, con una gran diversidad de dialectos, gastronomía y un sinfín de lugares por visitar me sorprendió y sobrepasó mis expectativas.

Sin duda alguna, el choque de culturas se siente de inmediato al poner el primer pie en suelo pekinés. El golpe de calor que penetra la piel hasta el punto en que dan ganas de quitarse la ropa y la ausencia de un cielo azul en los primeros días de mi estadía fue lo que más extrañaba de Costa Rica.

La gran cantidad de personas en todas partes, ocupadas en lo suyo, y la impotencia de poder comunicarme con facilidad representaban un reto cada día, pero en algún sentido, fue parte del aprendizaje y experiencia que adquirí en el país.

Uno de los beneficios de este campamento de verano es que nos brinda la oportunidad de conocer montones de personas de todas partes del mundo, inclusive hasta los del país de uno mismo. El poder compartir experiencias y conocimientos con personas de otros países y tener que obligarse a uno mismo a hablar en otro idioma para comunicarse es, en mi opinión, lo bonito de este campamento de verano. No solo practiqué mi mandarín sino también mi inglés.

Algo que me llamó la atención, y que quiero destacar, es que los locales se sorprenden y hasta conversan con uno cuando notan que somos extranjeros. Muchos son amistosos y se esfuerzan por ayudar si alguien les pregunta dónde queda algún lugar. Además, son personas muy saludables, muchos hacen deporte: algunos van a correr y otros hasta llevan a sus hijos a acompañarlos.

Constantemente les pedían fotos a mis amigos, pero yo por ser hijo de chinos y aparentar ser un chino más, no me pedían fotos, sino más bien direcciones, a lo que respondía con un “對不起, 我不知道” (“disculpe, no sé”), ó “我不会说汉语” (“no sé hablar chino”).

Día a día aprendí algo nuevo, tanto dentro como fuera de clases y poner en práctica mis conocimientos del idioma era una motivación. Un claro ejemplo de ello era ir de compras a los mercados, donde es indispensable regatear, más aún si el vendedor se percató que uno es extranjero. Bajar el precio de un producto desde 200 yuanes hasta un cuarto del precio me daba un sentimiento de orgullo, ya que me alegraba saber lo mucho que me había ahorrado.

La universidad en sí es más grande de lo que esperaba, y para llegar a clases cada mañana, duraba al menos quince minutos caminando desde la habitación hasta el edificio donde se imparten las clases o, si iba con prisa, desbloqueaba una bicicleta y acortaba el trayecto a solo cinco minutos.

Las habitaciones son cómodas y el colchón al inicio uno piensa que son fatales, pero luego uno se acostumbra y hasta hace falta al final. La primera vez que vi los baños, me sorprendí al ver un hueco (inodoro chino) en vez del típico escusado en el que uno se sienta (afortunadamente había dos de estos en mi piso). Me rehusé a usar el de estilo chino en la primera semana por temor a caerme o ensuciarme, pero luego me obligué mentalmente a usarlo y me di cuenta de los beneficios que tienen.

Por otro lado, la gastronomía de Pekín tiene fama entre los chinos por ser picante. Como amante de lo picante, debo admitir que esa comida está a otro nivel. Recuerdo que, en el primer día, mi compañero de habitación me llevó a comer su platillo favorito, sopa de empanadas chinas. Estaba tan picante que era difícil de comer; y no iba ni por la mitad del plato cuando vi que él ya había terminado, aun cuando él había pedido su plato con más picante que el mío.

La comida en los restaurantes de la universidad es demasiado barata y hay demasiada, pero demasiada variedad para todos los gustos. Mi favorito era el famoso 北京烤鸭 (pato pekinés) a tan solo 18 yuanes, cuando en los restaurantes de las calles el precio se eleva por las nubes. Otro de los atractivos es el 火锅 o Hot Pot, que es muy rico y picante.

Visitamos en varias ocasiones la famosa calle comercial Wangfujing (王府井), que consta de una especie de mercado con muchos locales tanto de suvenires, como restaurantes. En ella, uno de los atractivos son los pinchos con alacranes, que tuve la oportunidad de probar dos veces. Cabe aclarar que son diminutos, por lo que saben únicamente a aceite (debido a que son fritos). Otros platillos famosos de esa calle son los calamares, estrellas de mar, pulpos y caballitos de mar. Este último tuve la intención de probarlo, sin embargo, lastimosamente no lo encontré en ningún negocio.

Lo que más me impresionó de Pekín es que tiene un sinfín de lugares turísticos, tantos que cada día se podía visitar un lugar distinto. Entre los que tuve la suerte de visitar están: el Palacio de Verano; el Templo del Cielo, la

Ciudad Prohibida, el Zoológico de Pekín, la Muralla China, entre muchos otros. Verano es un momento ideal del año para poder visitar dichos lugares por los paisajes, lo cual explica la cantidad de turistas chinos que habían.

No podía irme del país sin haber visitado una de las maravillas del mundo: la Gran Muralla China. Fue una de las mejores experiencias de mi vida (y de las más agotadoras), pero aún mejor fue tener la oportunidad de acampar en ella y también caerme de ella a tres metros de altura. Quién diría que fuera posible sudar tanto aún con un clima frío y hasta con neblina.

Fue tan duro aguantar un mes sin comer gallo pinto, pero aún más difícil fue decirle adiós a esta experiencia inolvidable. Gracias a este campamento, pude conocer acerca de muchas culturas, crear contactos alrededor del mundo, vivir independientemente, mejorar mi escucha y practicar mi pronunciación y fluidez, aprender lo básico para vivir en Pekín (cómo pedir comida y volver a la universidad en metro o taxi), conocer lugares nuevos, y la lista sigue...



